

EL LUGAR DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS EN LA LITERATURA DE VIAJE DEL SIGLO XIX: EL CASO DE JULIO KOSLOWSKY ANTE LOS BORORO Y LOS GUATÓ

Diego Chozas Ruiz-Belloso (UNILA)

diego.belloso@unila.edu.br

Laura Cristina Reyes Buitrago (UNILA)

lcr.buitrago.2023@aluno.unila.edu.br

RESUMEN

Durante el siglo XIX, la literatura de viaje escrita por naturalistas se erige como la fuente más autorizada sobre los pueblos indígenas americanos. En consecuencia, la singular visión de los naturalistas ejerce una poderosa influencia sobre la opinión pública y contribuye a la configuración de los imaginarios nacionales. Aplicando las metodologías del análisis del discurso sobre los textos que Julio Koslowsky dedicó a los Guató y a los Bororo, comprobamos que, a pesar de la pretendida objetividad del discurso científico, las interpretaciones del observador contienen sesgos culturales y concluimos también que algunas de las nuevas repúblicas latinoamericanas reservan un lugar bien definido para los pueblos indígenas, pero este lugar se restringe al pasado.

Palabras clave:

Koslowsky. Pueblos indígenas. Literatura de viaje del siglo XIX.

ABSTRACT

During the 19th century, travel literature written by naturalists emerged as the most authoritative source on Indigenous American peoples. Consequently, the distinctive perspective of naturalists exerted a powerful influence on public opinion and contributed to the shaping of national imaginaries. Through the analysis of the texts that Julio Koslowsky devoted to the Guató and the Bororo, we demonstrate that, despite the purported objectivity of scientific discourse, the observer's interpretations contain cultural biases. We also conclude that some of the new Latin American republics reserved a well-defined place for Indigenous peoples, but that this place was confined to the past.

Keywords:

Koslowsky. Indigenous peoples. Travel literature in the 19th century

1. Introducción

¿Cuál fue el papel reservado a los pueblos indígenas americanos en los imaginarios nacionales de la segunda mitad del siglo XIX?

La respuesta a esta pregunta es particularmente compleja. Hay, en verdad, varias respuestas posibles, a veces contradictorias, atendiendo, por ejemplo, a factores regionales. No obstante, todos los proyectos nacionales tienen en común el reconocer e incorporar el componente indígena como

pilar fundamental de los nuevos estados. Los *pueblos originarios* encuentran su lugar como origen, raíz, pasado. Mucho más problemático resulta darles un papel en el presente, y en el futuro. Esta actitud hacia las culturas indígenas, que se prolonga hasta nuestros días, proviene del siglo XIX y se concreta en textos como los que vamos a estudiar en este trabajo empleando las herramientas del Análisis del Discurso.

Los artículos “Tres semanas entre los indios Guatós” y “Algunos datos sobre los indios Bororós” fueron publicados en 1.895 en el tomo VI de la Revista del Museo de la Plata. El autor de ambos textos es Julio Koslowsky, naturalista viajero del Museo de la Plata que nació en Letonia en 1.866 y se trasladó a Argentina en 1.886, con poco más de veinte años (Escalada, 1.953, 3; Riccardi, 1.988, 1; Aguado y Williams, 2.003, 1). Los materiales publicados sobre este científico y explorador destacan su figura como naturalista, fundador de los estudios sobre reptiles y anfibios (Herpetología) en Argentina, estrecho colaborador del Perito Moreno y pionero de la Patagonia. Su estancia en Brasil y sus consideraciones sobre los Guató y los Bororo no habían sido hasta ahora objeto de la crítica, si bien algunas de sus observaciones sobre estos pueblos fueron incorporadas al *Handbook of South American Indians* del Instituto Smithsonian en 1.946.

Los dos artículos de Koslowsky son fruto de un mismo viaje a Mato Grosso, realizado en 1.894. A modo de campamento base, Koslowsky empleó la Fazenda Descalvados, importante factoría de caldo de carne y enlatados. Adivinamos que un poderoso motivo para esto fue que el administrador del “establecimiento” era por entonces Carlos V. Burmeister, amigo de Koslowsky y naturalista como él, hijo del célebre Germán Burmeister, quien dirigió durante treinta años el Museo Nacional, donde Koslowsky había trabajado como Ayudante Segundo entre 1.892 y 1.893, antes de pasar a colaborar con el Museo de la Plata (Cf. Escalada, 1953, p. 3-4; Riccardi, 1988, p. 1).

En Descalvados, Koslowsky pudo observar a los Bororo que trabajaban en la factoría, y desde allí emprendió también algunas expediciones: una lo llevó a la aldea Bororo de San Matías, del lado boliviano de la frontera, y en otra ocasión descendió las aguas del río Paraguay al encuentro de los Guató.

“Tres semanas entre los indios Guatós” y “Algunos datos sobre los indios Bororós” son, pues, dos piezas de literatura de viaje que han de apreciarse en su conjunto a pesar de sus diferencias: la primera es más narrativa y subjetiva que la segunda, que da más espacio a la descripción objetiva, pero entre ambos textos se da una evidente continuidad, encontrándose en el segundo varias referencias al primero. Por otro lado, aunque cada texto se

centra en un grupo étnico, tanto los Guató como los Bororo son pueblos que pertenecen al tronco lingüístico Macro-Ye, habitan regiones relativamente próximas, y ya a finales del XIX ambos grupos se encontraban en proceso de extinción, según apunta el propio Koslowsky.

En el mismo tomo de la Revista del Museo de la Plata en el que fueron publicados estos dos artículos, Koslowsky publicó otros seis trabajos. De los diecinueve artículos que componen el volumen, ocho llevan la firma de Koslowsky. Creemos apropiado incluir aquí algunos de los títulos de los artículos incluidos en dicho volumen para dar una idea del contexto en el que aparecieron los trabajos sobre los Guató y los Bororo.

Cinco de los trabajos de Koslowsky versan sobre zoología sudamericana, como pueden ser “Dos nuevas lagartijas de la Provincia de Buenos Aires” o “Un nuevo Geco de Mato Grosso”, pero también encontramos “La comunicación del río Amazonas con el Río de la Plata”. Otros autores también estudian la fauna, como R. Lydekker en “Los pájaros misteriosos de la Patagonia”, pero hallamos también otras temáticas, como la geología en “Observaciones generales sobre algunos ventisqueros de la Cordillera de los Andes”, de Rodolfo Hauthal, o la lingüística en “Lenguas americanas: Estudio bibliográfico de las obras del P. Luis de Valdivia sobre el araucano y el allentiak”, de Bartolomé Mitre.

Comprobamos que los intereses del Museo de la Plata, plasmados en su revista, eran muy amplios, así como los del propio Julio Koslowsky. Debemos llamar la atención sobre el hecho de que en el siglo XIX la antropología y la etnografía aún pertenecían al ámbito de las Ciencias Naturales. La tradición de la Historia Natural, originada en Plinio y reforzada por Buffon, reservaba un espacio para el estudio de los pueblos *primitivos*, así como el Museo de la Plata tenía su sección de antropología². La Historia Natural realiza un recorte epistémico que, por un lado, engloba a los pueblos indígenas en la naturaleza, separados de la civilización, y por otro los separa también del presente al estudiarlos como antepasados de la humanidad. Los textos de Koslowsky sobre los Guató y los Bororo no presentan en este sentido un sesgo individual y aislado, sino que responden a la cosmovisión occidental de la época.

Mientras que en los siglos anteriores los textos que describían a los pueblos nativos americanos eran obra fundamentalmente de religiosos y militares, a partir del siglo XVIII, y muy especialmente en el XIX, los escritos de los misioneros van a ser sustituidos en buena parte por textos de natu-

² Félix de Azara, en su obra *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*, de 1.847, varias veces citada por Koslowsky, dedica el noveno capítulo a los cuadrúpedos y los pájaros, y justo a continuación, en el capítulo décimo, pasa a hablar de los indios pampas.

ralistas como Koslowsky, lo que conlleva un importante cambio de perspectiva y de intenciones. Mientras los religiosos pretendían salvar almas, domesticar e integrar a los indígenas a través de su aculturación, se diría que los científicos sienten la urgencia de salvar las manifestaciones culturales indígenas atesorándolas en museos antes de que se pierdan irremisiblemente.

2. Objetividad y subjetividad. Distanciamiento y aproximación

Posiblemente la diferencia más marcante entre “Tres semanas entre los indios Guatós” y “Algunos datos sobre los indios Bororós” sea el tratamiento y la disposición de la información, que ya se adivina desde los mismos títulos. El primero de los textos es esencialmente narrativo, lineal, sigue un orden cronológico y acompaña las experiencias de un personaje protagonista, el viajero Koslowsky, que nos relata en primera persona sus vivencias sin escatimar sus opiniones y valoraciones personales acerca de lo que ve. Se trata de un artículo a caballo entre el informe científico y el relato de aventuras tan del gusto del gran público en el siglo XIX, si bien en el escrito de Koslowsky son escasos los momentos de peligro real o intuido³.

Por su parte, “Algunos datos sobre los indios Bororós” es eminentemente informativo y descriptivo: aunque el artículo incluye ceremonias y escenas presenciadas por el autor y narradas en pasado, situadas en el tiempo, y a pesar de que se inserta en él también el emocionante relato de la caza de un jaguar protagonizado por el Bororo Antonio, estos episodios más narrativos no están organizados cronológicamente y aparecen dispersos en el conjunto del trabajo. Abundan las descripciones minuciosas de costumbres y objetos situados en un presente atemporal, así como extensas explicaciones históricas y largas citas de viajeros anteriores, particularmente de Steinen y Waehneltdt.

Se trata, en fin, de un compendio de informaciones (algunas observadas personalmente, muchas tomadas de otros) que pretende abordar los temas que no pueden faltar en un tratado antropológico. En todo caso, la caprichosa organización de los asuntos o temáticas, que se suceden por contigüi-

³ En el primer día de viaje y navegación río abajo, Koslowsky, afectado por una insolación, busca dónde pasar la noche. Escucha un extraño ruido de tamborileo en el fondo de la canoa, del cual no conseguirá descubrir la fuente. Coloca finalmente su hamaca y se duerme abrazado a sus armas. De los indios no teme un ataque físico, sino un robo. Las armas son, pues, para defenderse de los animales. No hay más indicios de peligros o amenazas en todo el viaje, si bien se incluye una digresión sobre los sonidos del “desierto” que concluye con la afirmación de que, a pesar de lo amedrentadores que puedan resultar ciertos ruidos en la selva, el verdadero peligro es silencioso. Por último, Koslowsky no deja de apuntar que cuando regresó a la factoría de Descalvados ya lo estaban dando por muerto.

dad, no deja de ser un peculiar rasgo de estilo del autor. Escasean las interacciones con los Bororo, el punto de vista es externo y distanciado, se aprecia un esfuerzo por suprimir las valoraciones subjetivas y por limitarse a registrar rigurosa y objetivamente lo que se observa.

“Algunos datos sobre los indios Bororós” termina con tres láminas que reproducen fotografías de un grupo indígena y de “objetos etnográficos” como puntas de flecha, arcos o collares. Tales fotografías no apenas complementan las descripciones de Koslowsky, sino que son también un recurso extralingüístico que refuerza la verdad factual del texto. En su conjunto, este artículo de Koslowsky se nos presenta como una pieza de conocimiento científico fiable.

En cualquier caso, encontramos en el texto sobre los Bororo algunas excepciones a la regla que nos permiten rastrear la subjetividad del autor. A veces, Koslowsky desliza en su escrito una valoración moral o estética, o aventura una interpretación para alguna escena que observa desde cierta distancia. Llama la atención, por ejemplo, que en cierto momento el autor hable de una “danza grotesca” de los Bororo (Koslowsky, 1895b, p. 375) mientras que Lévi-Strauss, medio siglo más tarde, de su convivencia con los Bororo recordaría en *Tristes trópicos* haber presenciado una “resplandeciente danza metafísica” (Cf. Koslowsky, 1986, p. 237).

Entre la observación antropológica de Koslowsky y la de Lévi-Strauss se ha producido un evidente cambio de actitud que acompaña al cambio en la metodología. Koslowsky es en general un fiel registrador de lo que observa, de la superficie visible, al modo de los naturalistas, pero las veces que prueba a ir más allá aportando una interpretación, en lugar de partir de explicaciones de informantes indígenas, suele proyectar sobre la realidad observada prejuicios de la cultura occidental de su época. Eso es lo que ocurre también con la visión que tiene Koslowsky de los Bari, a los que occidentaliza llamándolos “médicos” y ridiculiza en varias ocasiones a través de su discurso. Cuenta, por ejemplo, cómo uno de estos “médicos” profirió funestas profecías al encontrarse con el nuevo propietario de Descalvados y cómo, tras recibir como obsequio unos tragos de caña, sus augurios comenzaron a mejorar. Asimismo, cita a Waehneltdt y Steinen y reproduce el tono irónico de estos al denunciar las curaciones como engaños y supercherías. Notamos también un contraste entre las apreciaciones de Koslowsky y Lévi-Strauss sobre estos personajes: mientras el letón expone como un abuso que el “médico”, como remuneración por su “trabajo”, se quede con las mejores primicias de la caza y la pesca, Lévi-Strauss entiende que se trata de un comercio entre los vivos y los muertos, entre los que el Bori es mediador.

En otras ocasiones, el autor se aparta de la objetividad para emitir juicios positivos. Elogia, por ejemplo, la laboriosidad e inteligencia con la que son construidas las flechas de los Bororo, a cuya descripción dedica una página y media. La complejidad de la composición de la flecha, formada por varias partes y numerosos elementos de junción y adorno, da muestras de una tecnología bastante compleja. No se nos escapa, por lo demás, que con estas descripciones elogiosas el naturalista viajero pone en valor los objetos etnográficos que ha conseguido para su museo.

En “Tres semanas entre los indios Guatós”, en varias ocasiones Koslowsky muestra abierta o indirectamente su simpatía hacia los indígenas. A Joaquín lo llama “mi jovial amigo” (Cf. Koslowsky, 1895a, p. 232) sin rastro de ironía, y, durante su convivencia con el grupo del cacique Fernando, pinta cuadros idílicos en los que los afanosos adultos se dedican a diversas tareas mientras los niños juegan, y donde los humanos conviven en amoroso trato y perfecta armonía con animales como aves y monos. La escena de la despedida es discretamente sentimental: todos los Guató se despiden con la mano hasta que el vapor se pierde de vista en una revuelta del río.

Koslowsky también opta por una escena emotiva para poner fin (abruptamente) al texto sobre los Bororo: “El cariño que tienen estos indios por sus hijos es grande. Vi a un Bororó al que se le había muerto un hijo; se entristeció más y más y repetía sin cesar: «Comeré tierra hasta que me mueran»” (Koslowsky, 1895b, p. 409).

Observaciones objetivas o subjetivas, todas tienen algo en común: provienen de un único punto de vista, la del viajero occidental. Muy poco sabemos por los escritos de Koslowsky acerca de los pensamientos y sentimientos de los indígenas ante el naturalista. No hay abierta hostilidad, pero sí desconfianza y extrañeza ante la irrupción de un blanco desconocido que se sienta entre ellos con una insólita mezcla de osadía y candidez y se empeña en adquirir sus armas y su artesanía. Un niño muy pequeño llora ante la inusual apariencia de Koslowsky.

No nos cabe duda de que la presencia del naturalista trastocaría el comportamiento habitual de los indígenas. El simpático Antonio representa para Koslowsky una escena teatral de caza, le muestra a su huésped lo que este desea ver, pero ahora nos preguntamos cuánto de representación tiene el conjunto de usos y costumbres que Koslowsky describe, y cuánto de la cultura indígena se resguarda, queda inaccesible ante los ojos impúdicos del viajero occidental.

3. *Cosmovisiones económicas en conflicto*

Como venimos argumentando, la representación de los pueblos indígenas en los textos de Julio Koslowsky no se limita a una descripción etnográfica supuestamente neutra u objetiva, sino que se inscribe en un marco más amplio de interpretación propio de finales del siglo XIX, en el que las formas de vida indígenas son observadas desde criterios asociados a una concepción moderna de cultura y progreso. En este sentido, sus relatos sobre los Bororo y los Guató permiten analizar los modos en que estos grupos son incorporados – de manera parcial y conflictiva – a dinámicas vinculadas al trabajo asalariado o al intercambio comercial. Sin embargo, lejos de tratarse de un proceso homogéneo, dicha incorporación pone en evidencia diferencias persistentes entre las lógicas económicas que estructuran el relato y las formas de vida indígenas que en él se describen.

En este marco, una de las cuestiones que atraviesan los textos de Koslowsky se manifiesta en torno al trabajo y a la idea de productividad, particularmente en el espacio de la hacienda Descalvados, que funciona como núcleo de organización económica y social. En el caso de los Bororo, el autor los describe como indígenas vinculados a este establecimiento, donde reciben salario y alimento a cambio de su labor. En efecto, señala que algunos “ganan de cincuenta a sesenta mil réis por mes” (Koslowsky, 1895b, p. 382), lo que evidencia su inserción en una lógica económica monetaria. Sin embargo, señala que “no se puede siempre contar con ellos para el trabajo” (Koslowsky, 1985b, p. 382), ya que abandonan sus tareas o regresan a sus aldeas sin atender a las exigencias del establecimiento. Esta apreciación se complementa con la observación de que “la ocupación que con más gusto desempeña el Bororo es naturalmente la caza” (Koslowsky, 1985b, p. 384), lo que introduce una diferencia fundamental entre el trabajo asalariado y las formas tradicionales de subsistencia. En este sentido, la estancia no aparece únicamente como un espacio de trabajo, sino como un dispositivo que impone ritmos, disciplina y continuidad, frente al cual los indígenas son percibidos como trabajadores que no se ajustan plenamente a sus exigencias.

Esta diferencia puede comprenderse mejor si se la sitúa en el marco de una concepción moderna en la que, como ha señalado Marilena Chaui (2008, p. 56), la cultura se vincula a un ideal de civilización definido por el progreso, medido según un tiempo continuo, lineal y evolutivo. En este horizonte, el trabajo no es únicamente una actividad, sino un criterio de valoración que permite distinguir grados de desarrollo. Desde esta perspectiva, la apreciación de Koslowsky no se limita a describir conductas, sino que participa de un modo de ver en el que ciertas formas de organización económica y social son tomadas como medida de lo humano y de lo histórico. En este sentido, no resulta menor que el autor valore positivamente las transformaciones

introducidas en la hacienda por el último propietario, el uruguayo Jaime Cibils Buxareo, señalando que la situación de los indígenas “ha mejorado notablemente” (Buxareo, 1895b, p. 382), en la medida en que ya no reciben los malos tratos del anterior propietario y, además, perciben un salario por su trabajo. Este tipo de apreciaciones sugiere que la inserción en una lógica productiva estable no solo es descrita, sino también implícitamente jerarquizada como signo de progreso.

La dificultad de los indígenas para ajustarse a los ritmos de la estancia no solo evidencia una diferencia práctica, sino también una tensión más profunda en torno a su lugar en el tiempo histórico. Si el progreso se concibe como una trayectoria lineal, aquellos grupos que no se inscriben plenamente en sus formas – como el trabajo asalariado continuo – tienden a ser situados en un estadio anterior. De este modo, los pueblos indígenas aparecen simultáneamente presentes en el espacio económico de la fábrica y desplazados simbólicamente hacia el pasado, como formas de vida que se describen y registran, pero cuya integración plena en el presente de los proyectos nacionales resulta problemática.

Ahora bien, centrar la lectura únicamente en el espacio de la fábrica dejaría por fuera otros aspectos que el mismo Koslowsky describe. A lo largo del texto aparecen escenas de caza, danza y rituales – como los vinculados a la muerte o a la cacería – que ocupan un lugar significativo en la vida de los Bororo. Estas prácticas sugieren una organización del tiempo distinta, en la que el trabajo asalariado no parece estructurar la vida de la misma manera. Si en el ámbito de la fábrica el autor insiste en la falta de constancia, en estos otros espacios se percibe, en cambio, una continuidad y una regularidad que no son problematizadas. En este sentido, podría pensarse que lo que está en juego es una diferencia en la manera de organizar – e incluso de concebir – el tiempo y de establecer qué actividades resultan centrales. Esta diferencia, que atraviesa todo el texto, permite ampliar la lectura más allá de la lógica productiva y acerca el análisis a la cuestión planteada en la introducción: la dificultad de situar a estos pueblos dentro de un tiempo lineal orientado al progreso.

Por su parte, el relato sobre los Guató presenta un escenario distinto. Mientras que en el texto dedicado a los Bororo aparece, entre otros elementos, la referencia a espacios como la hacienda Descalvados, que permite observar ciertas formas de vinculación con lógicas productivas y laborales, en el viaje a las aldeas Guató esta dimensión no se presenta del mismo modo. En este caso, cobra mayor relevancia la dinámica del intercambio, a través de la cual se hacen visibles otras formas de relación económica y, sobre todo, distintos criterios de valoración de los objetos.

En estos episodios aparece no sólo la circulación de objetos, sino también las distintas formas de valorar aquello que se intercambia. El propio Koslowsky describe, por ejemplo, la observación de cueros de animales que examina en términos de su estado y conservación, señalando que estaban “bien estaqueados y conservados” (Koslowsky, 1895a, p. 224). Este tipo de apreciaciones sugiere que, incluso en el contexto del intercambio, el autor no deja de aplicar criterios propios – como la calidad o el estado del objeto – que orientan su mirada y su valoración.

En esta misma línea, el relato sobre los Guató permite ampliar la observación hacia otro plano, el del intercambio. A diferencia de lo que ocurre en torno al trabajo asalariado, aquí no se trata de la inserción en una lógica productiva, sino del encuentro entre distintas formas de atribuir valor a los objetos. Koslowsky señala que pudo obtener sin dificultad ciertos elementos, como cráneos de ciervo, “pues no los estiman ni utilizan para nada” (Koslowsky, 1895a, p. 224), mientras que encontró resistencia al intentar adquirir otros, como el cráneo de tigre, que parece tener un valor distinto, o incluso una negativa absoluta frente al arco y las flechas, que el indígena se niega a ceder bajo cualquier circunstancia (Cf. Koslowsky, 1895a, 224). Estas diferencias sugieren que no todos los objetos circulan de la misma manera en el intercambio, y que algunos permanecen fuera de él. Al mismo tiempo, el propio autor observa que los indígenas muestran preferencia por mercancías introducidas por el propio Koslowsky, especialmente el aguardiente de caña, lo que evidencia que el intercambio no es unilateral ni completamente ajeno a estas nuevas formas de relación.

Koslowsky, por su parte, está particularmente interesado en la cultura material de los indígenas pues su objetivo principal es conseguir “objetos etnográficos” para el Museo de la Plata⁴. En este sentido, valora sobre todo los objetos más puros o menos contaminados. Por ejemplo, no le atraen tanto las lanzas modernas, con puntas de hierro fabricadas en la ciudad de Corumbá, como las antiguas, con punta de hueso. El viejo cacique Fernando le regaló a Koslowsky una de estas antigüedades, y el naturalista escribe al respecto: “Al presentármela reconocí con gran satisfacción el valor etnográfico de la pieza” (Koslowsky, 1895a, p. 246). Muy posiblemente, además de las puntas de hierro, tanto los Guató como los Bororo dispondrían de otros artículos adquiridos de los blancos, pero tales elementos representativos del

⁴ “Tres semanas entre los indios Guató” comienza con estas palabras: “Encontrándome en el establecimiento de «Descalvados», en Matto-Grosso, me pareció interesante visitar la región de los pantanos de Xarayes, habitada por los indios Guató; y aunque el momento no era propicio para coleccionar objetos de historia natural, emprendí en el mes de Enero de 1894, época de las lluvias tropicales, una excursión hacia aquellos lugares”. (Koslowsky, 1895a, p. 221).

“presente” indígena carecen de interés para el museo y ni siquiera se registran en los artículos. Indirectamente sabemos que los Bororo usan pantalones y camisa en las temporadas que trabajan en la fábrica de Descalvados, mientras que los cazadores, que pueden usar rifles modernos, van prácticamente desnudos, y que todas las mujeres llevan falda (“pollera”) y algunas también camisa, cuando diversas fuentes indican que pocas décadas atrás iban completamente desnudas (Cf. Koslowsky, 1895b, p. 393). El propio Koslowsky dice que lleva en su equipaje “tabaco, caña, jabón y cierta cantidad de lienzo para cangear con los indios [Guató] por objetos de su industria” (Koslowsky, 1895a, p. 221), de lo que se colige que incluso los Guató, considerados “bugres” (salvajes) por los habitantes de Descalvados, al vivir a las orillas de la gran vía fluvial y comercial del río Paraguay, tenían trato ocasional con el hombre blanco y sus productos.

4. La representación de la mujer indígena

El tratamiento de la figura de la mujer indígena en los textos de Koslowsky bien merecería un estudio exclusivo. En este artículo de conjunto nos limitaremos a apuntar algunas cuestiones relevantes.

Para empezar, y al hilo de lo observado anteriormente en torno al intercambio y la atribución de valor, constatamos que la figura de la mujer indígena no permanece completamente al margen de estas dinámicas. En el relato sobre los Bororo, Koslowsky describe situaciones en las que las relaciones con mujeres se ven involucradas en formas de negociación, señalando que algunos hombres “tienen la costumbre de ofrecer su mujer a cualquiera de quien esperan obtener algún beneficio” (Koslowsky, 1895b, p. 383), particularmente en contextos donde circulan bienes como la caña. Además, en otro pasaje se sugiere la práctica de la prostitución extendida entre las mujeres de la aldea Bororo⁵.

Koslowsky condena “este estado de desmoralización” (Koslowsky, 1895b, p. 383) del que responsabiliza al antiguo dueño de la hacienda y a la escasez de mujeres en la región. Estas prácticas sexuales señaladas y censuradas moralmente por Koslowsky pueden conectarse con el “cuñadismo” tan extendido entre los pueblos autóctonos de Brasil (Ribeiro, 1997, p. 81-6), fenómeno probablemente desconocido por el naturalista letón, si bien lo observado por Koslowsky sería en todo caso un “cuñadismo” ya desvirtuado

⁵ “Cada vez que aquellos [trabajadores de Descalvados] reciben sus sueldos, visitan tanto cuanto les es posible la aldea y algunos días después llegan las mujeres de los Bororós al establecimiento central para hacer compras en la casa de negocio que allí existe.” (Koslowsky, 1895b, p. 383).

por la aculturación que no persigue alianzas estables con extranjeros sino recompensas materiales o económicas inmediatas.

Por lo demás, a pesar del evidente papel subalterno de la mujer en la sociedad Bororo, Koslowsky anota su papel relevante en el terreno de lo simbólico y religioso, como en el “baile del tigre”, donde las mujeres “lamentan y lloran con gran excitación para conjurar y reconciliar el alma del tigre” (Koslowsky, 1895b, p. 384).

Con raras excepciones, no hay erotización de la mujer indígena en los textos de Koslowsky, y en “Algunos datos sobre los indios Bororós” se da incluso la llamativa ausencia de todo juicio estético sobre los miembros de este grupo, sean hombres o mujeres. Por su parte, en “Tres semanas entre los indios Guatós” sí que se aplican los esquemas culturales europeos sobre los cuerpos indígenas, que se contrastan con los patrones de belleza occidentales. En sus descripciones físicas más positivas (la del cacique de los Guató y la de la esposa del penúltimo hijo de este) Koslowsky insiste en destacar la “simetría” observada, y en concreto sobre la belleza de la mujer, Koslowsky afirma que la suavidad de sus rasgos y la expresividad de sus ojos eran tales “que una mujer blanca pasaría por hermosa con estas dotes” (1895a, 243), palabras con las que el autor reconoce emplear un canon de belleza femenina aprendido en su Europa natal.

En contraste con lo observado entre los Bororo, en el caso de los Guató no aparecen referencias a la participación de la mujer en dinámicas de intercambio, aunque el grupo mantiene relaciones de intercambio con Koslowsky y, probablemente, con otros agentes externos. En este marco, la figura femenina tiende a aparecer vinculada a la reproducción y a la continuidad del grupo. Esta relación se hace más visible en un pasaje en el que Koslowsky recoge la voz de un hombre Guató al referirse a su esposa actual. El indígena expresa con claridad el valor que esta tiene para él al afirmar que no la dejaría “por nada de este mundo, pues me ha dado sucesores, y aun espero aumentar la familia” (Koslowsky, 1895a, p. 233), en contraste con una unión anterior que abandonó al no poder tener hijos.

El escenario descrito anteriormente ofrece una primera clave para comprender una de las formas en que se presenta la figura femenina en el contexto Guató. En el relato aparecen referencias que sitúan a este grupo en una condición de notable reducción. De este modo, el lugar que ocupa la mujer en estas circunstancias no solo se vincula con relaciones específicas, sino que se inscribe también en un horizonte más amplio, en el que la descendencia se vuelve un elemento central para la persistencia colectiva.

5. Aculturación y extinción

Son numerosos los detalles que en los textos de Koslowsky registran el proceso de aculturación y extinción de los pueblos Bororo y Guató tal y como podía percibirse y documentarse a finales del siglo XIX. En la mayoría de los casos, los indicios de aculturación son anotados de manera acrítica e incluso desapercibida, en otras ocasiones se habla explícitamente de la extinción de estos pueblos como una fatalidad inevitable, y en unas pocas llega a atribuirse la responsabilidad de la aculturación y la extinción a otros grupos humanos e incluso a individuos concretos.

A los síntomas de aculturación apuntados en los apartados anteriores (cambios en la vestimenta, alteración en el modo de subsistencia, modificación de las costumbres sexuales, etc.) añadiremos aquí algunos otros relacionados con la religiosidad.

Koslowsky no se detiene a comentar que todos los indígenas que conoce sean bilingües y tengan nombres cristianos (Antonio, Joaquín Antonio, Fernando) o que dos de los hijos del cacique Guató sean conocidos como Chico y Mané, hipocorísticos de Francisco y Manoel, respectivamente, muy populares en Brasil. Al hablar de los Bororo, el viajero retrata la convivencia entre el cristianismo y las antiguas creencias: los Bororo bautizan a sus hijos en la capilla de Descalvados, y en la misma factoría representan la compleja y ritualista “danza del tigre” ante un público “de todos los colores, nacionalidades y razas” (Koslowsky, 1895b, p. 375) no muy respetuoso con esta ceremonia sagrada dedicada a apaciguar al espíritu del jaguar cazado. Aún en el ámbito de las creencias, mientras los Bororo conservan su riquísima tradición funeraria, detalladamente descrita en el texto de Koslowsky⁶, se apunta que los Guató han adoptado el entierro cristiano: Joaquín Antonio conduce a Koslowsky hasta un bananal situado a cuadra y media de su vivienda, sobre una colina, y entre los bananos hay una cruz muy simple: la tumba del padre de Joaquín Antonio.

Koslowsky también creyó ver la cruz cristiana entre los adornos de un cuero de jaguar que consiguió para el museo, fenómeno que el naturalista interpreta como la apropiación supersticiosa de un símbolo poderoso (Cf. Koslowsky, 1895b, p. 391). Considera Koslowsky que el cristianismo ha

⁶ Al final de la misma ceremonia fúnebre que se describe, Koslowsky adopta por una vez un tono poético y sentimental ante la escena de una anciana que, acompañada por un joven que toca “la gran flauta fúnebre de melancólico sonido”, carga una cesta que sirve de ataúd para un ser querido. Realizando una conexión explícita con la literatura maravillosa, Koslowsky comenta: “Así marcharon ambos a la luz crepuscular de la tarde, la vejez y la juventud, cuadro que causaba impresión sentimental, digno de un cuento de hadas”. (1.895b, 406).

calado de manera muy imperfecta y superficial entre los Bororo, situación que suscita una nueva burla contra los “médicos”:

Antes de ser cristianos, pretendían estos «brujos» que hablaban con el alma de los muertos y con los animales, los cuales les decían la causa de cualquier desgracia, enfermedad o acontecimiento. Después de bautizarse pretenden que conversan con Dios mismo. (Koslowsky, 1895b, p. 396)

Pero los textos de Koslowsky no se limitan a retratar una fase de aculturación, sino que llegan a anunciar explícitamente la extinción de los pueblos indígenas visitados.

En cuanto a los Guató, que llegarían a considerarse extintos en 1.964 (Cf. Malcher, 1964, p. 227), Joaquín Antonio le dice a Koslowsky que los miembros de su “nación” son en esos momentos veintisiete. Se trata de “el resto de un pueblo en otro tiempo numeroso, cuya disminución data de unos decenios” (Koslowsky, 1895a, p. 234). La causa de la drástica mortandad, según dos informantes (Joaquín Antonio y la mujer de Joaquín) fue la “viruela”. Se culpa indirectamente al Paraguay de López, pues, durante la guerra contra la Triple Alianza, un barco militar subió el río queriendo reclutar a los Guató para su causa ofreciendo tierras a cambio. Como estos tardaron en aceptar, estalló un conflicto entre ambos y los Guató se retiraron para emboscar a los paraguayos en una región pantanosa e insalubre.

Dice Koslowsky que los Xarayes de los pantanos eran amigables y dóciles, y que los Guató son restos de estos, y emplean la misma lengua suave y melodiosa, “que debe estudiarse con urgencia antes que desaparezca el último vestigio de esta familia” (Koslowsky, 1895a, p. 237). Este pasaje es prueba de la certeza del viajero de que se encuentra ante un pueblo y una cultura en extinción. La desaparición se asume como irremediable, y la tarea del hombre de ciencia consiste en registrarlo y atesorarlo todo en libros y museos mientras aún es posible.

Ahora bien, mientras la situación crítica de los Guató se atribuye indirectamente al ejército paraguayo, el origen de toda la penuria de los Bororo, según Koslowsky, tendría nombre y apellidos: João Carlos Pereira Leite, importante y poderoso personaje de la región, antiguo propietario de Descalvados, al que Koslowsky califica como “cruel e inmoral” (Cf. Koslowsky, 1895b, p. 381).

Pereira Leite habría promovido una guerra contra los Bororo para arrebatarles sus tierras, habría asesinado a quinientos indígenas al cabo de cinco o seis años y, tras la rendición, habría hecho prisioneros a otros cien para forzarlos a trabajar en sus tierras. Además, al modo de un señor feudal, habría ejercido derecho de pernada (*ius primae noctis*) sobre todas las jóvenes indígenas (Cf. Koslowsky, 1895b, p. 381).

Koslowsky no cita fuentes a la hora de realizar esta grave denuncia, por lo que cabe suponer que el relato de estos hechos deplorables provino de un informante oral, quien muy probablemente fue su amigo Carlos V. Burmeister, administrador de Descalvados, y también naturalista. Difícilmente una acusación de este calibre habría visto la luz en una revista brasileña o en vida del acusado, fallecido quince años antes, en 1.880 (Alves, 2016, p. 67).

Sobre Jaime Cibils Buxareo, el propietario de Descalvados en 1.894, Koslowsky solo habla elogiosamente. Además de pagar muy bien a sus trabajadores indios, ordena que se trate con la máxima consideración a un anciano indígena al que le calculan 120 años. Sin embargo, Cibils, que compró las antiguas tierras Bororo del Mayor Pereira Leite y de otros propietarios, no disponía de títulos reconocidos de las tierras, lo cual le impedía venderlas a un grupo extranjero, hasta que la política y la legislación local le allanó el camino (Cf. Santos, 2020). Cuando finalmente un grupo belga se instaló en la zona en 1.895, formó un ejército particular comandado por oficiales con experiencia en el Congo para cohibir a los “ladrones de ganado” (Cf. Garcia, 2016), quienes con toda probabilidad serían indígenas desplazados que ya no lograban subsistir con la caza.

En la segunda mitad del siglo XIX, pues, diversos factores se conjuraron para propiciar la desaparición de los Bororo. En 1.894, al observar a niñas con amantes en la aldea Bororo, Koslowsky (1895b, p. 394) apuntó: “Este abuso precipitará sin duda la extinción de esta tribu.”. No está claro si por detrás de esta nefasta profecía estaba el Koslowsky científico o el moralista, pero ahora nos basta con destacar que presenta la extinción como inexorable. Pasarán las décadas, y en 1.970 Darcy Ribeiro volverá a anunciar la extinción inminente de los Bororo (Cf. Ribeiro, 1970, p. 203). No obstante, este pequeño pueblo, diezmado y disperso, hasta hoy se resiste a formar parte definitiva del pasado.

5. Consideraciones finales

La visión que los naturalistas como Koslowsky aplicaron sobre los pueblos indígenas americanos no fue la única, pero dejó una fuerte impronta que se extendió durante muchas décadas. Viviane Luiza da Silva reunió en su tesis de maestría (2013) un catálogo de 71 viajeros que obtuvieron materiales etnográficos de los pueblos indígenas brasileños entre el siglo XVIII y el XX, con lo que cabe presumir que fueron cientos los naturalistas que, durante varios siglos, abordaron el estudio de los pueblos indígenas americanos desde la perspectiva de la Historia Natural.

El objetivo prioritario del viaje de Koslowsky fue la recolección de objetos etnográficos para el Museo de la Plata, y los artículos que el naturalista publicó en la revista de esa misma entidad pueden entenderse como el correlato textual de los objetos obtenidos. Los artículos contienen esencialmente descripciones muy detalladas de tales objetos, incluyendo su función y el contexto en el que se emplean, así como la circunstancia en la que Koslowsky logró obtenerlos. Los objetos vertebran y jalonan los artículos: en “Tres semanas entre los indios Guatós”, la disposición de los objetos es cronológica y narrativa, se insertan en la línea del tiempo de cómo los objetos fueron conseguidos; en “Algunos datos sobre los indios Bororós”, la disposición de los objetos es temática, por lo que el texto se estructura en bloques descriptivos.

En segundo lugar, los textos de Koslowsky cumplen la función de registrar las realidades indígenas que no pueden cargarse en el equipaje: las costumbres, los ritos, las danzas, los testimonios. Las realidades inmateriales se fijan y materializan en los textos mediante descripciones tan atentas y detalladas como las que se dedican a los objetos, se transforman en datos e informaciones acumulables, se objetifican. Las minuciosas descripciones de Koslowsky, tanto de objetos como de rituales o costumbres, muestran una concepción del saber, del conocimiento y de la ciencia como algo más próximo a la acumulación que a la comprensión, un saber más cuantitativo que cualitativo.

Hay en el naturalismo y la etnografía de la época una avidez por acumular un capital informativo que ha de ser atesorado en museos y revistas a plazo fijo. Este capital informativo puede estar relacionado con intereses nacionalistas, imperialistas, o con una concepción más universal y abstracta del saber, pero nunca se escapa del paradigma del saber como acumulación tan íntimo a la ideología burguesa que se impone en todo Occidente en el siglo XIX. Se trata de un saber museístico, “bancario”, que al ser aplicado sobre los pueblos indígenas tiene el efecto de separarlos de la contemporaneidad y recluirlos en el pasado.

Junto a los objetos etnográficos, los museos se empeñaron en acumular también restos óseos de indígenas americanos, y en algunas ocasiones llegaron a ir más allá. El Museo de la Plata, para el que trabajó Koslowsky, mantuvo hasta 1.888 una colección de objetos etnográficos vivos formada por el cacique tehuelche Inacayal y su familia. Tras la muerte de este grupo humano, sus restos se incorporaron a la colección general. Leemos en la página web del museo que apenas el 9 de diciembre de 2.014 se terminó de efectuar la “restitución complementaria de los restos del cacique Inacayal,

junto con los de su mujer y de Margarita Foyel, a los representantes de las Comunidades Mapuche-Tehuelches de Chubut”⁷.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUADO, Alejandro; WILLIAMS, Jorge Daniel. Julio Germán Koslowsky, científico, explorador y colono. *Museo*, v. III, n. 18-25, p. 25-30. La Plata: Fundación Museo de la Plata, 2003.

ALVES, Ubiratã Nascentes. Luis-Philippe Pereira Leite, Oráculo Cuiabano. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de Mato Grosso*, v. 1, n. 77, p. 65-83. Cuiabá: 2016,

CHAUI, Marilena. Cultura e democracia. *Crítica y Emancipación*, n. 1, p. 53-76. Buenos Aires: 2008.

ESCALADA, Federico A. *Bosquejo biográfico de Don Julio Germán Koslowsky*. Instituto Superior de Estudios Patagónicos, Comodoro Rivadavia: 1953.

GARCIA, Domingos Savio da Cunha. Industria da cobiça (presença de tropas estrangeiras no interior do território brasileiro. *O Tuiuti*, n. 172, p. 1-3. Curitiba: 2016.

KOSLOWSKY, Julio. Tres semanas entre los indios Guatós. *Revista del Museo de la Plata*, v. VI, p. 221-50. La Plata: 1895.

_____. Algunos datos sobre los Indios Bororós. *Revista del Museo de la Plata*, v. VI, p. 375-415. La Plata: 1895.

LÉVI-STRAUSS, Claude. *Tristes trópicos*. Lisboa: Edições 70, 1986.

MALCHER, José M. Gama. *Índios – Grau de integração na comunidade nacional – grupo linguístico – localização*. Rio de Janeiro: Ministério de Agricultura – Conselho Nacional de Proteção aos Índios, 1964.

RIBEIRO, Darcy. *Os Índios e a Civilização*. Petrópolis: Vozes, 1970.

_____. *O povo brasileiro*. São Paulo: Companhia das Letras, 1.997.

⁷ <https://www.museo.fcnym.unlp.edu.ar/home/restituciones-realizadas-por-el-museo-de-la-plata-372>.

RICCARDI, Alberto Carlos. Julio Germán Koslowsky: Naturalista viajero del Museo de La Plata. *Novedades del Museo de La Plata*, 102. La Plata: 1988.

SANTOS, João Bosco Lobo dos. Os arranjos políticos na construção da fronteira oeste, 1850-1893. *Outras Fronteiras*, v. 8, n. 2, ago./set., p. 197-211. Cuiabá: 2020.

SILVA, Viviane Luiza da. *Herança de um Brasil Central: Aspectos do Patrimônio Indígena Brasileiro na Ótica dos Viajantes e Pesquisadores não-Brasileiros de Alexandre Rodrigues Ferreira a Claude Lévi-Strauss*. Tesis de Maestría en el Programa de Pós-graduação em Desenvolvimento Local (Mestrado Acadêmico) – Universidade Católica Dom Bosco, Campo Grande-MS, 2013. 179p.